

## EL AMOR Y LA BELLEZA SEGÚN NÉDONCELLE

José Luís Vázquez Borau

*Maurice Nédoncelle pone el fundamento y destino de la persona en el amor, pues el yo necesita de un no-yo para llegar a la verdad, como promoción mutua. La comunión-comunicación, la reciprocidad de las conciencias, el “nosotros” es el constitutivo metafísico de la persona. Para Nédoncelle la experiencia estética está muy cerca de la experiencia religiosa, pero lo bello es una soledad divina y no un lugar de encuentro personal con Dios que es la Persona de personas.*

---

297

### **1. El amor como destino de la persona**

No hay conocimiento en la persona si no existe una voluntad de apertura y de donación. Esto conlleva, también, un mínimo de amor recíproco. De ahí deriva la unidad y la continuidad de las conciencias. No hay persona si a la vez no existe otra persona frente a ésta. No hay un yo sin un tú, que es algo más que el simple no-yo, como afirmaba Louis Lavelle (1883-1951), para quien la conciencia es un acto por el que uno da el ser: “La metafísica se basa en una experiencia privilegiada: el acto que me hace a mí ser”<sup>1</sup>. No se trata de que por la conciencia se llegue a contemplar un yo que está ahí. Se trata más bien de alumbrar un yo en la conciencia y por la conciencia, en oposición al no-yo. De ahí que para Lavelle, que el enfoque apropiado de la metafísica es el que se hace

---

<sup>1</sup> L. LAVELLE, *De l'Acte*, París, 1937, 11. Este libro es el segundo volumen de *La dialectique de l'éternel présent*.

a través de la subjetividad, es decir, reflexionando sobre el yo como actividad más bien que mediante la reflexión sobre la multiplicidad de los fenómenos que el yo se opone a sí mismo bajo la forma de exterioridad. Hemos de recogernos, volvernos hacia dentro, más bien que hacia fuera. Para Lavelle no hay ni puede haber realidad alguna, ni Dios, ni objetos externos fuera del Ser. En la autoconciencia capto el ser como acto, que es la "interioridad del ser". Así que el Ser con mayúscula, el Todo del que yo derivo mi existencia y en el que yo participo, tiene que ser Acto puro e infinito: "El Ser no existe frente a mí como un *cogito* inmóvil que yo trate de alcanzar. Está en mí por la operación que me hace a mí al darme el ser"<sup>2</sup>. Privilegiar la relacionalidad personal en detrimento de la santidad es el mismo error que primar ésta sobre aquella. Si no se quiere caer en el riesgo de un actualismo contradictorio y absurdo, hay que afirmar que en el mismo encuentro, si bien la persona se descubre a sí misma como tal, esto no podría darse si previo a éste, de alguna forma ésta no fuera ya persona y sujeto.

La persona es el espíritu como unidad esencial, como centro de los actos superiores. Para Max Scheler (1874-1928) la persona no puede ser pensada como una cosa o una sustancia que posea determinadas cualidades y que se encuentre al lado de sus actos o simplemente junto a ellos. Para este autor la persona es "a unidad inmediatamente convivida del vivir, no una cosa simplemente pensada fuera de lo inmediatamente vivido"<sup>3</sup>. Así, la persona es una realidad dinámica, como la unidad de sus actos y, en consecuencia, como irreductible a lo puramente material o psíquico. Para Maritain, "una persona es un centro de libertad puesto frente a las cosas, al universo, al mismo Dios; dialoga con otra persona, comunica con ella entendiendo y amando"<sup>4</sup>. Por eso si eliminamos al individuo desaparece también la persona. Así, el individuo, en el encuentro interpersonal, deja paso a la persona, pero ésta no se crea de la nada. Y Nédoncelle resaltará, además, que "la esencia de toda relación entre el yo y el tú es el amor, es decir la voluntad de promoción mutua"<sup>5</sup>.

---

<sup>2</sup> Ibid., 72.

<sup>3</sup> M. SCHELER, *Ética. El formalismo en la ética y la ética material de los valores*, Buenos Aires, 1948, 161-162.

<sup>4</sup> J. MARITAIN, *Distinguir para unir, o los grados del saber*, Buenos Aires, 1978, 364.

<sup>5</sup> M. NÉDONCELLE, *Personne humaine et nature*, París, 1963, 29.

Entonces el espíritu ya no es crítica, sino comunicación, interpelación y diálogo consigo mismo y con los demás espíritus. La crítica era la dialéctica del espíritu. Para Nédoncelle la verdad es el resultado de esa comunicación y reciprocidad de todos los espíritus en el tiempo y en el espacio. La dialéctica se sustituye por la integración. La objetividad solamente se consigue mediante la comunión de las conciencias. Sólo será posible si el espíritu no se contradice, sino que se completa y totaliza. Una conciencia interior y reflexiva no equivale a una conciencia aislada. La experiencia filosófica de la verdad no se agota en la conciencia particular, sino en la conciencia personal, o sea, interpersonal. El yo necesita del no-yo y del otro para llegar a la verdad, pues para Nédoncelle, "otro no quiere decir no yo, sino voluntad de promoción mutua de los yos, y por ello mismo transparencia del uno para el otro. La percepción de los objetos de la naturaleza exterior comporta un no-yo, pero en la percepción interpersonal no se piensa ya en sí ni en el otro como objetos. Es una coincidencia de los sujetos, una doble inmanencia, en la que, sin ser absorbido el yo en el tú, se puede advertir siempre que aprehendemos al tú en su alteridad, desde el momento en que dejamos de referirnos a nosotros en nuestra particularidad"<sup>6</sup>.

## 2. Importancia de la relación interpersonal

Nédoncelle emprende el proyecto metafísico de tratar de la comunicación entre las personas desde la reciprocidad, y no desde el *cogito* aislado, como venía siendo habitual. Comienza Nédoncelle reconociendo la gran vocación personalista de la conciencia humana, incluso en un sentido histórico, la referencia personal del espíritu y las coordenadas personalistas y recíprocas de nuestra existencia físico-ontológica y de la existencia psíquica o, en este caso, fenomenológica. Hay multitud de formas personales en el ser. La biografía del ser es personalista. También el estatuto del conocer, del amar y del actuar será un proceso de valoración interpersonal. Esta relación interpersonal entre los seres se concentra en el ser humano en la conciencia y su mejor descripción y desarrollo tiene lugar en el amor. A su vez, esto lleva consigo unas consecuencias metafísicas. O, si se prefiere, de la descripción del amor

---

<sup>6</sup> *La réciprocité des consciences, essai sur la nature de la personne*, Aubier, París, 1942, 318.

como relación interpersonal se pasa a una fundamentación metafísica de los elementos que concurren en dicho proceso. Y el hecho central se realiza en la “comunidad de conciencias” a todos los niveles, ya que en la diada humana se encuentra la forma de reciprocidad más completa de comunión.

La noción de reciprocidad no se puede entender sin el correspondiente concepto de personalidad, en su génesis y en su composición dinámica. Aquí es donde actúa ya de lleno la ontología personalista: el desarrollo, los caracteres, las etapas de la conciencia como esencia de la persona, pero una conciencia colegial: el yo, el tú, el nosotros. Un momento decisivo de esta ontología de la persona basada en la reciprocidad es el descubrimiento de lo divino, de lo absoluto personal con nombre propio: Dios. Pero la persona y la comunicación no son una abstracción, sino algo real y físico donde interviene la naturaleza. Se es persona frente a la naturaleza y trascendiendo a una antropología dialéctica que, a diferencia de los humanismos contemporáneos e intramundanos, intenta no separar sino superar a la persona, señalando el espíritu de su inserción en el mundo. La forma de entender Nédoncelle esta naturaleza y su trascendencia por la persona la explica de dos maneras. La primera es describiendo a la naturaleza como espectáculo sin referencia interpersonal, incluyendo el tema del tiempo y del espacio en una cosmología personalista. Pero hay una segunda visión más viva de la naturaleza: la naturaleza no es sólo espectáculo ante la persona, espacio o tiempo, sino también tendencia hacia la persona, y en un sentido óntico. No sólo la persona está en la naturaleza y ésta en la persona, sino que la naturaleza tiende a ser personalizada, a convertirse en persona mediante la acción del ser humano dentro de ella y la de ella dentro del ser humano. Por tanto, la relación persona-naturaleza no es solamente de orden sustancial, sino también de orden dialéctico y además una dialéctica recíproca.

Pero la comunión y reciprocidad de conciencias encuentran unos obstáculos para su realización. La conciencia colegial y el nosotros no es fácil. La antropología dialéctica es una tensión existencial entre lo individual y lo comunitario. El espíritu tiene sus hendiduras y lesiones, tiene sus fisuras y debilidades. Por otra parte, la libertad siempre será capacidad para la rebelión, para decir no a la comunicación, al diálogo. Aquí sitúa Nédoncelle la “filosofía de los valores” a la que tiene que llevarnos el personalismo. Pues si la conciencia se constituye como tal no es solamente frente a los contenidos del conocer, sino también frente al amar y al valorar. Si hubiese que establecer una identidad o una homóloga-

ción del personalismo con otras filosofías, habría que referirse a la teoría de los valores. El personalismo es una axiología fenomenológica que desemboca en una ética. Desde los valores se asciende al problema del absoluto como Valor personal. Nédoncelle profundiza en estas tres cuestiones: la contemplación de los valores, su estructura y eficacia. Y en un plano más programático y moral habla de su realización en la siguiente trilogía: ciencia, arte y moral. Son los tres espacios axiológicos clásicos que han sido tratados, desde Kant y Hegel, como puntos de inserción de toda filosofía que quiere dar cuenta de ellos. El discurso dialéctico de la persona llega así hasta la tesis más relevante de Nédoncelle: la persona, la comunión-comunicación, la reciprocidad, la conciencia colegial, el “nosotros” es el constitutivo metafísico de la persona mediante la actividad del amor. El amor es el destino ontológico de la persona.

### 3. La ciencia de la relación

Según M. Nédoncelle, el personalismo metafísico es una derivación de concebir al ser como relación. Es decir, el ser es un sistema de relaciones. Los entes no son fijaciones histórico-temporales, sino que están dentro de un sistema siempre en movimiento, es decir, en comunicación, en relación, en renovación. Ésta es la ontología dialéctica de Nédoncelle: “El ser es un sistema eternizado, una historia estructural que se petrifica a medida que ésta se cumple y parece que determine los viajes futuros de los entes”<sup>7</sup>. Es decir, la dialéctica consiste en que los entes no agotan ni reflejan nunca totalmente la amplitud y perfección del ser, que necesita siempre de nuevas expresiones de su perfección y riqueza. Existir conlleva estar situado en una distancia, en un plano diferente al del ser de nuestro origen. Esta idea de creación-ruptura-descenso en el ser es un impulso de la cultura judeocristiana frente a los griegos, que sólo habían descubierto la idea de emanación como continuidad en el ser. Para ellos no existía la dialéctica. Para Nédoncelle la ontología es la ciencia de las relaciones entre dichos seres y el ser, y no el discurso sobre un ser estático. De ahí que la antropología sea el estudio de las relaciones de la persona con su exterioridad y su interioridad en el ser, es decir, relación consigo

---

<sup>7</sup> Cf. M. NÉDONCELLE, *Conscience et Logos. Horizons et méthode d'une philosophie personaliste*, París, 1961, 172.

mismo (interioridad) y relación con los demás (exterioridad). Interioridad y exterioridad son dos conceptos metafísicos y no psicológicos o epistemológicos.

Existir significa para Nédoncelle tener un ser, es decir, una triple relación: relación interior con el ser, relación consigo mismo y relación exterior con los demás. Los demás son mi exterior, o sea, lo exterior de mi relación, de mi ser. A esta existencia-relación ontológica le es inherente una conciencia unida al ser de los demás. Entramos en la metafísica de la cooperación: ser persona significa "vivir y ser para los demás en reciprocidad y correlación". La correlación indica que todos los seres se causan y se personalizan unos a otros. Que la violencia y la exclusión no es la vía del ser. Ni siquiera la yuxtaposición ordenada y pacífica. Es necesaria la actuación recíproca y la tolerancia igualmente recíproca a la acción del otro sobre cada uno y viceversa.

Una conciencia, una persona no existe sola y por sí sola, sino que existe porque existe otra. El yo existe porque existe el tú. Existir es relacionarse pero también correlacionarse. El yo recibe su existencia del tú y a su vez el tú la recibe y la da al yo. Esta correlación forma parte del ser de las personas, no sólo de sus "posiciones" en la existencia, sino de la existencia misma como posición en el ser-sistema. Así, "la creación es una correlación". Nédoncelle se expresa así: "Yo soy en la medida en que yo perciba una parte del mundo. Porque la condición común a los objetos es ser partes exteriores los unos de los otros, y de ser las partes con relación a un todo. Si yo soy parte de un todo, este todo me contiene, pero yo no soy el todo"<sup>8</sup>. Nédoncelle llega a la conclusión de que toda afirmación metafísica es una afirmación comparativa. El ser concreto es siempre algo que no se puede entender sino en relación con..., en comparación con... Por consiguiente, es un ser que no se entiende por sí ni en sí sino en relación con los demás y sobre todo en relación con el Ser que está en el origen de su misma relación y derivación, crecimiento o comparación. Así, toda afirmación metafísica sobre el ser lo es sobre sus relaciones interontológicas. Por esto, toda ontología es una interontología y todo discurso sobre el ser tiene que ser también un discurso sobre la intersubjetividad, sobre las distintas relaciones o direcciones de la relación que supone la existencia concreta. Y, sobre todo, en cada juicio sobre los seres es alcanza-

---

<sup>8</sup> M. NÉDONCELLE, *Explorations personalistes*, París, 1970, 50.

do el Ser como tal, la Persona, el Sujeto, la Conciencia por excelencia y no la derivada, la que está presente en toda conciencia histórica, la que incluye pasado, presente y futuro.

#### **4. El arte como recogimiento para el encuentro con Dios**

Para Nédoncelle la experiencia estética está muy cerca de la experiencia religiosa, pues lo bello y lo sagrado se sitúan en el mismo nivel de absolutidad y personificación. Dios es el Bien, la Belleza, la Verdad y la Felicidad personal. Además la estética puede servir de mediación para el encuentro religioso con Dios, pues tiene la función pedagógica de reparar al orden religioso. Nédoncelle piensa que lo bello es la divinidad rodeada de un velo; es el yo ideal, que no hemos sabido identificar explícitamente con el Tú divino, reconociendo en él, por así decir, una de sus "voluntades". En una palabra, lo bello es una soledad divina en vez de un diálogo. Toda presencia tiene dos caras, y en lo bello sólo tenemos una de ellas: encontramos a Dios sin discernir todo lo que quiere de nosotros. La imperfección no se introduce porque seamos un elemento de la síntesis interpersonal que vincula nuestra alma con Dios, sino porque miramos a Dios desde nosotros sin mirarnos a continuación desde el punto de vista de Dios. Por eso afirma: "La percepción de Dios es incompleta en la emoción estética; es una visión unilateral y penúltima: así es toda percepción de los valores. Es consciente de Dios, pero no es la conciencia de Dios vivo en nosotros. No aprehendemos en ella la condición personal de Dios porque no hemos descubierto nuestra condición personal en Él. Tal es asimismo la razón por la que lo bello nos deja solitarios frente a Dios. Cuando las conciencias creadas se unen en una emoción artística, su comunión con Dios no es total. Se quedan en la entrada del paraíso."<sup>9</sup>

En otro texto, Nédoncelle nos indica que lo bello purifica pero no sustenta la moralidad contingente: "Lo bello no está al servicio de una doctrina ética o religiosa, no es un medio para un fin. No tiene papel moralizador o predicador. Pero tiene un papel purificador. Toda emoción estética limpia el corazón y da un nuevo brinco a nuestras sensaciones; es un segundo nacimiento divino de la sensibilidad; renueva nuestra naturaleza y nuestra soledad, pero no nos suministra ninguna fuerza moral para andar por las vías de

---

<sup>9</sup> M. NÉDONCELLE, *La réciprocité des consciences. Essai sur la nature de la personne*, o. c., 216.

la rectitud”<sup>10</sup>. Los efectos de lo bello en el alma consisten en renovar su soledad frente a lo divino. Con Nédoncelle afirmamos que “en la emoción estética toda nuestra experiencia pasada o presente está como en contacto con nuestra esencia primitiva. Cuando uno está transportado por una sinfonía de Beethoven, el alma entera se recoge; no sólo ella, sino todas las presencias que ha tenido. El sentimiento de lo bello es esencialmente de orden lírico, no es descriptivo, narrativo o simbólico”<sup>11</sup>. Ver o creer en la belleza es ser una persona que contempla en solitario, adora a Dios y éste responde con el amor que nos inspira. Es un recogimiento sin encuentro humano de por medio. Todo arte es una acción de gracias.

Lo bello no es un medio para un fin. Tiene un papel purificador. Renueva nuestra naturaleza y nuestra soledad, pero no nos suministra ninguna fuerza moral para conducirnos rectamente. Aún así ciertos artistas confiesan que si no actúan bien no pueden realizar sus obras, pues el arte es un dios que los juzga y les da o retira su gracia.

El arte es a la vez gracia y actividad, dato y construcción. Las obras de arte se subordinan a la belleza de las cosas. En la reproducción del paisaje el artista ve algo de él mismo: añade su respuesta expresiva a la belleza percibida, realizando una nueva forma de belleza. Hay una realidad de lo bello: no porque esté en la naturaleza, sino porque la naturaleza está en la belleza del valor. La naturaleza no canta por ser naturaleza, sino porque ve a Dios. Así, decimos con Nédoncelle que “la divinidad velada puede iluminar y elevar todas las cosas; puede integrar incluso las cualidades de la naturaleza; cualquier dato de la experiencia íntima o exterior tiene una objetividad estética, es decir, una realidad ideal, que es la identidad de su arquetipo en nosotros. La idealidad del arte no excluye la realidad de lo bello.”<sup>12</sup>

No hay arte sin materia que informar y sin naturaleza que sublimar. El artista, al entregar su persona, forja su obra, que no es directamente interpersonal, pues es una belleza ya encarnada que se puede contemplar pero no construir artísticamente. El arte parte siempre de la naturaleza y del valor para ir hacia la personificación. Señala acertadamente Nédoncelle: “No tenemos en la tierra el poder de crear una personalidad y de hacer que el artista quede

---

<sup>10</sup> Ibid., 231.

<sup>11</sup> Ibid., 230.

<sup>12</sup> Ibid., 237-238.

verdaderamente satisfecho: sus criaturas imperfectas son virtualidades del yo, túes inacabados... Si el científico llegara a proyectar completamente las relaciones ideales y puras de las cosas en las matemáticas, sería creador, si no de un ser personal, al menos de un alma de la naturaleza. Todos los sistemas expresivos se quedan lamentablemente en ruta. El arte alcanza al creador únicamente a medias, por lo que no puede ser él mismo plenamente creador."<sup>13</sup> Todo es igualmente bello, pero no todo es igualmente artístico. Lo bello desciende como una luz sobre todos los seres, en cambio el arte surge debido a la diversidad de respuestas empíricas. Por esto Nédoncelle afirma que "hay artes menores y gran arte. Ninguna respuesta vale lo que otra, precisamente porque se acercan libremente a su doble meta: la presencia de Dios y la creación de una conciencia personal... El arte es superior a la contemplación de lo bello porque lo encarna, mientras que lo bello es superior a las construcciones del arte porque las condiciona y porque la expresión sigue lógicamente al dato."<sup>14</sup>

Las artes de la vida interior son superiores a las artes plásticas. El criterio que establece Nédoncelle para establecer una valoración entre un arte y otro es el siguiente: "Cuanto más sintético es un arte, más perfecto; cuanto más mixto, más imperfecto".<sup>15</sup> Así, un arte es perfecto cuanto más sea una construcción sintética, una unidad máxima en la variedad máxima. Dentro de las artes plásticas, la pintura es la menos imperfecta, pues es la unificación externa más rica. Las artes coordinadas son una realidad híbrida. El gran arte es una fusión perfecta de contenido y forma como la Sinfonía pastoral de Beethoven. Pero por encima de la música está la poesía, que sintetiza todas las artes, pues la contemplación del valor es el alfa y la omega del acto artístico, en el que los elementos narrativos y dramáticos son preparatorios y están subordinados. Así, Nédoncelle concluye diciendo que "lo lírico así entendido es muy amplio: existe en toda creación estética, pero la música y la poesía son sus ilustraciones más patentes. En el arte, el deseo de intimidad con el valor da razón de la necesidad de desplegar una fuerza creadora: las dos intenciones se juntan."<sup>16</sup> Llegados aquí podemos afirmar que la filosofía es el arte más perfecto, la especie más comple-

---

<sup>13</sup> Ibid., 239.

<sup>14</sup> Ibid., 240-241.

<sup>15</sup> Ibid., 241.

<sup>16</sup> Ibid., 242

ta de la poesía. Una filosofía perfecta sería perfectamente artística, pues sería la forma de arte más sintética. Se confunde imaginación con fantasía. La filosofía comporta integraciones de síntesis intelectual. Reconcilia las relaciones impersonales e incorpora reflexión al poder intuitivo, convirtiéndose en el arte más perfecto.

La eficacia psíquica del arte es considerable, pero no es un poder moralizador. El arte tan sólo trata de restaurar la imagen inicial del yo. En la actividad estética hay dos polos: a) por un lado, el ideal de virginidad de la naturaleza, que se expresa en la contemplación de los valores. Así, cuando se contempla un paisaje se respeta su integridad. Es como una sinfonía realizada por un artista invisible; b) por otro, el ideal de la intervención artística desemboca en el uso de la técnica, transformando el mundo exterior hasta donde la técnica se lo permite y la inspiración se lo exige. Esta transformación de la naturaleza es ínfima, permaneciendo en su mayor parte la naturaleza virgen ante el artista. Por tanto se puede concluir diciendo que el arte guarda más relación con la oración que con el acto moral, pues no puede solucionar todos los conflictos de la experiencia. La alegría de haber realizado una obra de arte implica la alegría de haber hecho que la materia cante, de haberla rescatado mediante la encarnación de lo bello y de haber salvado la sensación al ponerla en contacto con el espíritu, pues el arte es una expresión simbólica y no una expresión intuitiva. Por esto, según Nédoncelle, la finalidad de la técnica es “rectificar y disponer las cosas bajo estímulos y con ello preparar la llegada de una realidad que no puede ser engendrada por ellas. Una finalidad instrumental expresa la finalidad espiritual sólo en la medida en que, al actuar sobre las cosas, las obligue a dejar paso al espíritu, el cual, en su sobrepasarlas, las asumirá en sí.”<sup>17</sup> La ciencia, con sus realizaciones impersonales de lo verdadero o de lo bello a través de la técnica, no puede rescatar más que la exterioridad de la naturaleza. Una civilización progresa en la medida en que se va desarrollando técnicamente. Si este desarrollo material se pone al servicio del arte, encuentra una elevación que la técnica por sí sola no preveía ni exigía. Como dice Nédoncelle, “el arte crea para sí una técnica en el interior de la técnica científica... Su anhelo es cumplir la totalidad del valor en la totalidad de la naturaleza.”<sup>18</sup> El acuerdo entre los científicos es sólo una aproximación tangencial a la comunión de

---

<sup>17</sup> Ibid., 237.

<sup>18</sup> Ibid., 246.

las conciencias. La ciencia no redime al espíritu. La mecánica da su oportunidad al espíritu, le prepara su destino, pero siguiendo un designio dado por el mismo espíritu. La admiración estética no equivale a la comunión eficaz de los espíritus. Las técnicas sociales no son materiales como la física o la biología aplicadas, pero son también de orden natural, como muy bien afirma Nédoncelle al constatar que “las agrupaciones sociales no producen por sí mismas la comunión de las conciencias. Aunque ejecute intenciones reflejas, la organización colectiva sigue siendo prepersonal; en todas sus formas (familia, corporación, nación...) es incapaz de crear por sí misma las personalidades.”<sup>19</sup> La conciencia colectiva de las comunidades sociales puede ayudar a la relación interpersonal a realizarse, impidiéndole detenerse celosamente en sí misma. Pero este papel espiritual de la sociedad y, en particular, de la organización de la sociedad, es limitado y se halla desprovisto de poder creador. No puede corregir el sufrimiento y el desorden de la humanidad ni inventar nuevos tipos personales. El artista expresa su sensibilidad en su obra, pero lo hace por amor al valor y dentro de la técnica que impone la naturaleza. Si la persona que contempla la obra de arte sintoniza y adivina al artista, esto es una coincidencia indirecta y carece de intimidad real, pues, según Nédoncelle, “para que haya generosidad y con mayor razón comunión de las conciencias, hay que poder actuar eficazmente a favor de otra conciencia. Por eso exige al menos una primera coincidencia en la misma esfera vital, una simultaneidad inicial en el espacio y en el tiempo. El espíritu debuta en la naturaleza; se encarna en ella, y la diáda (relación interpersonal) no escapa a esta ley.”<sup>20</sup>

## Abstract

Maurice Nédoncelle puts the foundation and destination of the person in the love, since I he needs of non-me to come to the truth, as mutual promotion. The communion - communication, the reciprocity of the consciences, “we” is the constitutive metaphysician of the person. For Nédoncelle the aesthetic experience is closely together of the religious experience, but the beautiful thing is a divine loneliness and not a place of personal meeting with God who is the Person of persons.

---

<sup>19</sup> Ibid., 236.

<sup>20</sup> Ibid., 246.